

para llegar á dónde queria ir. Llegó, vió; en lo demás de este lance hay una parte conocida sobre la cual no es preciso insistir; pero hay otra que conocerá todo el que tenga paciencia para seguir leyendo.

XI

Excesos del apostolado.

Leon salió temprano en la mañana del miércoles á dar una vuelta por el jardín. Al regreso, estaba solo en la sala del Himeneo, cuando entró Gustavo. Venia con semblante enmascarado de severidad, la vista alta, el ademan forense, entendiéndose por esto una singular hinchazon y tiesura, debidas aparentemente al hervor de todas las leyes divinas y humanas dentro del cuerpo, de tal modo que el individuo reventaria si no tuviera el cráter de la boca, por donde todas aquellas materias flogísticas salen en tropel mezcladas con la lava de la indignacion. Su cuñado comprendió al punto que venia de malas.

—Estaba esperando con mucha impaciencia á que fuera de dia para hablar contigo,—

dijo Gustavo con sequedad que anunciaba mucho enojo.

—Cuando se tiene tanta impaciencia,—replico Leon con más sequedad aún,—se enciende una luz y se habla de noche.

—¿De noche?... no; temía distraerte de ocupaciones gratas,—dijo el orador con ironía.

—Pues habla de una vez y con brevedad. Olvídate de que eres orador y de que vives constantemente entre mujeres que charlan demasiado.

—Siento molestarte; pero te comunico que voy á ser largo.

—Peor, dijo Leon con tético humorismo.

—Ya que predicas, comienza predicándome la paciencia.

—Tú la tienes para tus obras criminales,—replicó Sudre exaltándose.—Lo que yo podría predicarte ahora es la resignación, si fueras capaz de ella.

—Resignación... ¿pues no te oigo?—dijo Roch, que había llegado á una situación de ánimo en que le era imposible, sin reventar, hacer un misterio de la antipatía que toda aquella bendita familia suya le inspiraba.

—Mucha has de necesitar, pues esa calma de escéptico, que es la mortaja de tu espíritu sin vida, no te servirá para oír lo que voy á decirte... Ya sabes que soy enemigo del due-

lo. Es contrario á todas las leyes divinas y humanas.

—Yo tampoco lo defiendo; pero creeré que el duelo es bueno si esas leyes divinas y humanas de que me hablas son las tuyas.

—Las mias son, y al mismo tiempo las únicas. Aborrezco el duelo porque es absurdo, porque es pecado; pero...

—Pero en estas circunstancias,—dijo el otro interrumpiéndole,—te atreves á condenarte por tener el gusto de batirte conmigo y matarme.

—Eso no sería un gusto; soy cristiano.

—Acaba,—dijo Leon exaltado.—¿A qué vienes? ¿A desafiarme?... El duelo es un absurdo que se acepta; un asesinato fiado al acaso y á la destreza, que á veces se nos impone con invencible fuerza. Yo acepto ese asesinato contigo... cuando quieras, ahora, mañana, en la forma que gustes...

—No, no has comprendido mi idea,—indicó Gustavo dando vueltas al tema como abogado que quiere alargar un pleito.—Decía que aunque no soy partidario del duelo, esta sería una ocasión buena para sobreponerme á mis escrúpulos religiosos y coger una pistola ó un sable...

—Pues cógelos...

—No. Tú has hecho todo el mal suficiente

para que un hombre como yo atropelle todos los respetos, las leyes divinas y humanas, y fie á un arma el cumplimiento de una sentencia. Pero...

—Pero...—dijo el otro remedando la torcida argumentacion de su hermano político.

—Habla caro; habla y piensa derecho, como yo, y di “te odio...”

—Mis ideas no me permiten decir “te odio,” sino “te compadezco;” no me permiten decir “te mato,” sino “te matará Dios.”

—Pues no me hables entonces con tus ideas, háblame con las ajenas, con las mías.

—Si te hablara con las tuyas me pondria en oposicion con las leyes divinas y humanas. Voy á concluir. No se trata de duelo, aunque la ocasion parece reclamarlo y aunque todas las ventajas estarian de mi parte. Primera ventaja: que tengo razon y tú no; que eres tú el criminal y yo el juez; que lógicamente soy el vencedor y tú el vencido. Segunda ventaja: que yo manejo todas las armas, porque me he ejercitado en el tiro y en la esgrima por higiene, mientras que tú, dedicado á la alta física y á la geología, no sabes manejar ninguna. De modo que en el terreno de la fuerza tambien me conceptúo vencedor. Sin embargo de esto, asómbrate...

—¡Me perdonas!—exclamó Leon reconcentrando la furia para dar paso á la ironía.—Gracias, elefante cargado de leyes divinas y humanas.

—No te perdono,—dijo el letrado dando á su hermosa voz oratoria toda la expresion patética de que era susceptible;—es que renuncio á las ventajas que tengo sobre tí, renuncio á imponerte castigo por mi mano y te entrego al brazo justiciero de Dios, que ya está levantado sobre tí.

—Gracias,—repitió Leon mezclando ahora en un acento la ironía y la furia;—gracias, alguacil de Dios. Supongo que á tu familiaridad con Dios, de quien eres apóstol, deberás el conocimiento de sus altos secretos y el saber de cosas de justicia divina.

—La intencion divina se conoce por los sucesos del mundo, cuya ordenada disposicion es á veces tan clara que sólo un idiota dejaria de ver en ellos un movimiento amenazador de aquel brazo terrible que antes nombré. No me tengo por profeta ni por inspirado. Para conocer tu horrible castigo me ha bastado saber alguna cosa que tú ignoras. Por eso renuncio al duelo, por eso remito tu castigo á quien lo ejecutará mejor que yo. Y así te digo: “vas á morir.”

—¡Morir yo!—exclamó Leon, que aún des-

preciando á su acusador no podia oírle sin cierto espanto.

—Sí, tú. Morirás de rabia.

—Lo creo, sí,—dijo Leon trayendo á su mente en espantosa serie á todos los individuos de su familia política.—Se muere tambien de un empacho de parientes; y cuando el hombre que persigue con todas las fuerzas de su alma la familia ideal y sus puros y honrados goces, no encuentra más que un potro donde diversos sayones le dan martirio, es fácil que reviente y se acabe; que si hay yerbas venenosas, tambien hay familias mortíferas.

—Morirás de despecho,—repuso Gustavo con crueldad.—Lo sé, lo he visto, lo tengo escrito en mi bufete en papel sellado, y cada letra de aquella es una gota de la mortal ponzoña que ha de destruirte.

—No te entiendo,—dijo Leon tocado al fin de curiosidad.—¿Y qué? ¿es algun pleito? ¿Si crearás tú que á mí se me mata con un pleito? ¡Pobres leguleyos! Pasais la vida envenenando al género humano con vuestros enredos y creéis que yo morderé hoy el cebo de vuestros sofismas... No quiero saber qué intriga horrible es la que estás urdiendo contra mí.

—Yo no urdo intriga alguna... aquí no hay

intriga... no hay más que justicia, y aún de esa justicia no soy yo impulsor, sino instrumento. En otras circunstancias nada habria intentado contra tí; yo te creia honrado; pero despues de tu comportamiento con mi pobre hermana, agravado con hechos deshonorosos, que he conocido hace poco...

—¿Cuándo?—preguntó Leon, y su pregunta estallaba como el trueno.

—¿No lo sabes?

—No. ¿Qué hechos deshonorosos son esos?

—¡Y lo pregunta el hipócrita!...

—¡Aquí!

—¿Aquí... qué?

—Disimulas; mas tu semblante lívido declara tu culpa, y ante la conciencia sublevada, hasta el carton de tu máscara escéptica palidece. Hace poco te has revelado á mí en toda la desnudez repugnante de tu sér moral cuya depravacion raya en lo absurdo.

—Explicate ó te...

Las manos de Leon se oprimian como queriendo ahogar algo.

—Pues qué, ¿son un misterio para nadie tus relaciones criminales con el ama de esta casa faltando así al amor de la mujer más santa, más pura, más angelical que Dios ha puesto en el mundo? Con todo, tu conducta hasta aquí, con ser tan contraria á todas las leyes

divinas y humanas, no había llegado á la impudencia. Si eras criminal, no habías descendido á ese último escalon de la perversidad en que el hombre se confunde con el demonio.

—Muéstrame ese escalon bajo en que me confundô con tus amigos,—dijo Leon dando otra vez á su furor el tono de humorismo, de ese humorismo que amarga y embriaga y al mismo tiempo hace reir, como el ajeno.

—¿Por qué quieres que te diga lo que sabes? Pero hay malvados que gustan de que se les ponga un espejo delante de su conciencia para recrearse en la fealdad de ella, como los sapos que se miran en los charcos.

—Basta ya de viles rodeos y figuras hipócritas. Habla claro, refiere, explica, dí las cosas con sus nombres, abogado, orador de Parlamento, ergotista sin fin, enredador de leyes divinas con miserias humanas.

—Pues bien: oye lo que has hecho. Después de traer á mi pobre hermana al deplorable estado en que se halla, cualquier hombre, por malo que se le suponga, respetaria, si no la inocencia, al ménos la enfermedad. En todo moribundo hay algo de ángel. Tú ni esto has respetado, y mientras la santa víctima reposa en su lecho, tranquilizada quizás por tus mentiras y creyéndote ménos ma-

lo de lo que eres, tú recibes en la sala *Increible* á tu querida. A la una engañas, á la otra enamoras, á la una matas lentamente, á la otra das las caricias robadas al matrimonio. Comprendo estos dos crímenes, Leon, comprendo el uno, comprendo el otro; lo que no comprendo, porque excede á la ruindad humana, es que los dos se cometan bajo el mismo techo. Son demasiadas infamias para una sola ocasion y un solo sitio.

Leon, antes de que su fiscal concluyera, prorumpió en una risa franca, despreciativa, con la cual parecia que su enojo se disipaba.

—Sí, rie, rie; no me causa sorpresa tu risa. Ya he comprendido el descarnado cinismo que se esconde bajo ese forro artificial de virtud filosófica. Tu sér moral se me ha revelado como un árbol seco, al cual se quitan de pronto las flores y las hojas de trapo que lo hacian pasar por árbol vivo. Hé aquí lo que son tus teorías morales: flores de trapo, las naturales, las que dan fragancia y colores hermosos, no nacen en el vaso hueco, donde sólo hay fórmulas matemáticas y una ciencia estéril. ¡Y yo que te he defendido contra las acusaciones de la familia! ¡Yo que te he creído honrado! ¡En qué error tan grande estaba!

—¿Y es cierto eso de que mientras mi mujer duerme recibo á mi querida en la sala *In-*

creible?—dijo Leon entrando decididamente en la ironía, que en aquella ocasión era la forma más adecuada del desprecio.—¿Lo has visto tú? Hay ojos calumniadores.

—Lo he visto. Anoche quise acompañar á mamá, que, si tiene defectos como mujer, es cariñosa madre y no puede apartarse de estos sitios donde gime su hija idolatrada. No pudiendo verla, por tu prohibición cruel é interesada, se contenta con llorar donde ella llora, con ver de lejos la puerta por donde se entra á su alcoba. ¡Pobre madre! Yo compartía anoche su pena, mientras papá, que en las situaciones más críticas tiene debilidades indisculpables, visitaba á solas, sin más compañía que una luz y su concupiscencia, el sótano en que está lo reservado de la colección pompeyana, ese museo de arte libidinoso donde no entran más que los hombres con un permiso especial del marqués de Fúcar. Polito había bebido demasiado en compañía de Perico Nules, y estaba bastante inquieto. Anduvo á primera hora por los pasillos en persecución de las criadas de Suertebella, hasta que, perseguido á su vez por mí, logré encerrarle. A media noche dormía como un ángel borracho. Mamá y yo hacíamos números en la sala japonesa, arreglando nuestra desquiciada hacienda; más tarde ella rezaba, y yo,

después de buscar inútilmente un libro por todo el palacio, me puse á rezar también. En esta suntuosa morada, donde se reúnen tantas maravillas de la industria, y donde las malas imitaciones de lo antiguo alternan con los mamarrachos de invención flamante, simbolizando el arte contemporáneo, hay todo lo que la boca puede pedir, menos una biblioteca. Parece que al entrar aquí se han de traer muy vivos los sentidos todos para que sea más fácil dejar la inteligencia á la puerta... Mamá se cansó de rezar, pero no tenía sueño; pensaba en nuestra María y en el modo de burlarte y de verla. No quería acostarse, y andando de puntillas discurrió por estas salas. Llegando cerca de la *Increible*, creyó sentir voces... Me llamó, fui, acechamos los dos; oímos. Los que primero nos parecían gemidos, pronto conocimos que eran besos amorosos. Eras tú; era ella. Ocultos tras el grupo de Mealegro y Atalanta, que está en el corredor, la sentimos abriendo con llave la puercecilla del museo pompeyano. Después te sentimos á tí pasar por esta sala para volver á apoyar tu infame frente, coronada de los laureles de la ignominia, en el lecho de la mártir. La que estaba contigo en la *Increible* era Pepa, y para quitar toda duda, pudo confirmarlo mi padre, que abajo la encontró cuan-

do volvía solo; con su luz y su concupiscencia, del sótano reservado.

—¿Nada más?—dijo Leon con calma.—
¿Vuestro espionaje no sabe más? Hay seres que ni respirar saben sin que de su aliento nazca la calumnia.

—¡Calumnia! buena salida... Sé que darás al hecho una interpretación favorable á tí. No te faltan argucias para defenderte.

—¡Defenderme yo! ¡Descender yo al mular de tus groseras suposiciones, y argumentar sobre un hecho que tu madre y tú han visto con el prisma manchado de su impura conciencia!... ¡jamás!

—La estratagema es hábil; pero no hace efecto. No me convence.

—Ni quiero convencerte á tí ni á ella...—dijo Leon con ímpetu fiero.—Vuestro juicio es para mí de tan poca valía, que siento no sé qué júbilo en dejaros en vuestro error estúpido. ¡Estais tan bien así con vuestra infernal aureola de malos pensamientos!... ¿Puedo modificar acaso la grosería de vuestras almas? ¿Puedo, por más que discuta, llevar una idea de pureza y honor á vuestra mente, devorada por la lepra de la deshonor crónica?... Sabe que tú y tus juicios, y los juicios todos de tu execrable familia, que paga los beneficios con hablillas, son para mí como la lluvia

que nos moja, pero no nos envilece. No se discute con la rueda del coche que pasa, y arrojando el cieno, nos mancha... Moralista de política religiosa y de sermones de partido, maquinilla de hacer moral de confitería, que amasas las leyes divinas y humanas para dar al mundo esas pastillas anodinas de virtud y sofistería, según el gusto de cada uno; á mí no se me administra moral en caramelos. Desdichado discursista, mis defectos podrían servirte á tí para hacer tus honradeces, y los sentimientos malos que yo desecho y arrojé podrias recogerlos tú del suelo para hacer con ellos la gala de tu conciencia. Antes de predicar, ¿por qué no vuelves los ojos á tí mismo? Si te miraras bien comprenderias que tu existencia, y tu fama, y tu prestigio desaparecerian como el humo si el marqués de San Salomó fuera un hombre, en vez de ser un muñeco.

Con los labios blancos, las manos inquietas, el cuerpo nervioso, los ojos chispeantes, Gustavo oyó aquello, y tartamudeando, sin saber qué decir, rompió á hablar de este modo:

—Duelista hábil, has puesto la punta en mi pecho. Pues bien, yo no lo niego; aprende de mí el mérito de la franqueza, el mérito de la confesion, de que es incapaz un ateo. Me de-

claro culpable, muy culpable. El torbellino del mundo, la debilidad de la naturaleza humana, el engreimiento que dan la lisonja y el aplauso, me han pueste á mí mismo en contradicción con las leyes divinas y humanas que adoro y acato. Yo soy el primero que me acuso, como he sido el primero en reprobar los escándalos de mi familia, como he sido el primero en defenderte cuando te creía bueno; bien lo sabes. Pero no hagas paralelo entre tu infamia y la mía, entre tu desorden y mi desorden. Ambos hemos caído en el mal, tú por cinismo y desconocimiento absoluto del bien, yo por flaqueza de espíritu. En tí no hay más que mal, y ninguna puerta para el bien se abrirá en tu alma cerrada; en mí se han corrompido las acciones, pero queda la fé, queda la puerta del bien. Al lado de tu crimen no tienes nada, sino la sombra fea del crimen mismo. Al lado de mi crimen tengo yo un tesoro, el remordimiento. Tú no eres capaz de enmienda; yo sí. Tú no ves nada más allá; yo veo mi salvación, porque veo mi enmienda. La misma idea del pecado me da la idea del perdón. No sé mi destino individual; pero sé el del género humano, y me basta saber que hay Cielo. Tú lo ignoras todo, y el mal no te espanta, porque crees que no hay Infierno.

—Sofista, barajador de palabras, ¿qué sabes

tú lo que yo pienso, lo que soy? ¿Crees que estamos los hombres y las almas á merced de tu dogmatismo de apóstol intruso y de esa oficiosidad evangélica con que repartes cedulillas de vida ó muerte? Polizonte de la vida inmortal, ¿crees que esto es una aduana donde se registran bolsillos para ver si hay tabaco, es decir, género prohibido en tus menegadas oficinas donde se estanca el pensamiento para venderlo en paquetes á cambio de hipocresía? Hazme el favor y el honor de librarme de tu presencia, porque no respondo del respeto que debo á esta casa y al parentesco que nos une.

—¡Asesino de un ángel!—exclamó Gustavo rugiendo de ira.

—Se me acabará la paciencia para oír tus sandeces,—dijo Leon dando tres pasos hácia él en actitud tan amenazadora, que Gustavo retrocedió en el primer momento, esperándole despues en actitud nada cobarde.—Calla ó sabrás lo que es una paciencia que se agota, un mártir á quien se acaba la entereza.

Señalando la ventana, Leon extendió su brazo que, sin aparato hercúleo, era capaz de desplegar extraordinaria fuerza.

—Y si quieres seguir provocándome,—añadió,—á pesar de no ser partidario del duelo, yo que no sé disparar pistolas, ni es-

grimir sables, ni echar sermones, te proporcionaré un bonito espectáculo. Verás como un apóstol sale volando por una ventana, sin que nada lo pueda evitar.

—Abusa, bárbaro, si te atreves, de tu fuerza corporal,—gritó Gustavo desafiándole con la mirada.—¡Asesino de mi hermana!

—No irritarás mi furia con esa palabra,—dijo Leon en el último grado de la cólera.—Has de saber que tu hermana y tú y tu madre y tu padre y tu abuelo sois para mí como las aves que pasan volando. No existís para mí. Elige entre salir por la puerta ó por la ventana.

La disputa iba á concluir con una brutal refriega y quizás con la concisa violencia de aquella escena que hizo decir á Segismundo “¡vive Dios, que pudo ser!” cuando entró la marquesa de Tellería dando gritos y detrás D. Agustín Luciano muy alterado y temeroso.

—¡Qué es esto... Leon... Gustavo... hijos míos!—dijo Milagros, extendiendo sus amantes brazos entre los dos.

—Ese... —rugió Gustavo.

—¡Leon!... ¿Hasta dónde vas á llegar?... Después que nos has secuestrado cruelmente nuestra querida hija...

—¡Secuestrarla yo!... ¿Yo?...—replicó el airado yerno con cierto desvarío.—No: ahí

está... tómenla ustedes... La devuelvo... la regalo...

—No nos dejas entrar á verla... Anoche no he podido dormir en toda la noche pensando en esa mártir,—manifestó el marqués.

—Adentro todo el mundo,—dijo Leon señalando la puerta por donde se iba al aposento de María.—¡Adentro!

Sin esperar á más se precipitaron todos por aquella puerta.

Desde la sala inmediata á la alcoba oyóse rumor de amantes besos dados con la precipitación y el calor que eran naturales después de la forzada ausencia.